

EL MUNDO AMAZÓNICO

Por Luis E. Valcárcel

El mundo amazónico o la Amazonía ocupa en América del Sur un inmenso espacio cubierto de bosques y cruzado por innumerables ríos. El Perú ejerce el condominio de esa extensa región del mundo en que el hombre apenas ha penetrado.

Se trata, pues, de una de las grandes reservas naturales que deberá ser explotada en beneficio de la humanidad.

La ciencia encuentra en ella un campo virgen para la investigación: flora y fauna ofrecen riqueza y variedad ilimitadas. Petróleo surgente atrae el interés de las empresas. Perdidas en aquel océano de vegetación están las numerosas tribus de cazadores, pescadores, recolectores y agricultores incipientes que, desde hace no menos de ocho o diez mil años tienen por habitat la selva. Son los «salvajes» temidos como las fieras, identificados con las especies zoológicas, con quienes el hombre blanco comportó impiadosamente.

Sin embargo, esas tribus y esos hombres tuvieron un papel cultural, lo siguen teniendo, como seres adaptados a su ambiente, profundos conocedores de todos los secretos vedados al extraño. El selvático es un ser dotado de un organismo robusto, de una inteligencia ágil, de sentidos altamente desarrollados que le permiten una percepción exacta e instantánea. Diestros navegantes, dominan las corrientes fluviales que son sus caminos. Solo ellos son capaces de moverse con seguridad por el laberinto

verde, dando ejemplo de perfecta armonía entre hombre y tierra. El antropólogo descubre en el selvícola la más adecuada adaptación ecológica que puede imaginarse. Así se explica su notable supervivencia biológica y cultural.

Por millares de años los hombres de la Amazonía fueron dueños únicos de su gigantesco territorio que recorrían de un extremo a otro. La historia nos revela que, hasta donde llega la información disponible, fue con los Incas que comienza un cierto contacto más frecuente y un propósito cada vez más definido de acercarse al mundo selvático. Pero la arqueología comprueba que una aproximación semejante fue anterior en siglos, pues elementos amazónicos como ciertas maderas y gomas, algunas especies vegetales de valor medicinal, plumaje de vivos y variados colores, pieles de felinos, sus garras y su dentadura, aparte de muchos otros productos naturales o de algunos artefactos, pasaron de la selva a la sierra, y a la costa, del Perú. Igual traspaso se comprueba en el orden espiritual: mitos, magia, creencias de indudable origen amazónico son reconocidos en el acervo cultural de las otras regiones, con una antigüedad considerable. Todavía se nos reservan muchas sorpresas en este orden a medida que avance la investigación antropológica en las tribus del oriente peruano.

La comprobación de tales aportes ha inclinado a algunos de nuestros estudiosos de la historia antigua del Perú a considerar el origen de las altas culturas en la región amazónica, siguiendo en su desplazamiento el camino del sol. Sin llegar a ese extremo, se puede sostener que en la formación de dichas culturas tiene una cierta participación el hombre del Amazonas.

Los Incas penetraron muy limitadamente en esa zona, por su horror al trópico, algunas de cuyas enfermedades como la malaria eran muy temidas. Les pareció prudente detenerse en la llamada «ceja de montaña» límite entre la sierra y la selva, de clima templado y de una altura entre 1500 y 2000 metros sobre el nivel del mar. Según cuentan las crónicas alguna expedición, encabezada por uno de los Incas, tuvo fin desastroso. Quedan ruinas de fortines en los puntos estratégicos de acceso a esa región; y también huellas de la influencia incaica en tribus que hablan el «inga» o quechua oriental. En los vasos de madera de los últimos tiempos incaicos y primeros de la conquista española aparecen escenas de lucha entre los soldados imperiales y los guerreros amazónicos. La túnica o *cushma* que visten muchas de las tribus parece ser una asimilación del *uncu* o túnica inca; pues lo general es que el hombre en aquellas cálidas selvas lleve tan solo un taparrabo.

Leyendas como las de El Dorado y el Gran Paytiti se difundieron con gran insistencia en la Época del Dominio Español. El Oriente Peruano -en cuyo seno se ubicaban estos misteriosos reinos- fue así el objetivo para nuevas aventuras, la mayoría de las cuales terminaron en trágicos fracasos, inclusive la encabezada por Gonzalo Pizarro en busca del País de la Canela.

No fueron los hombres de espada sino los misioneros católicos los que emprendieron la aventura de la selva con el ánimo de conquistar almas para, el cielo. Riesgos innumerables sufrió la obra de los esforzados propagandistas de la fe. Sin embargo, fue magra su cosecha. Las misiones tienen un fin trágico en el siglo XVIII, bajo el dominio

del nuevo Inca oriental Juan Santos Atahuallpa.

Posteriormente, reanudóse la obra evangelizadora con métodos diversos, casi siempre ineficaces. De todos modos, hubo algunos religiosos que prestaron valiosos servicios a la ciencia geográfica y a la lingüística. Poco fue el caudal de datos etnográficos, a pesar de las favorables condiciones del misionero para obtener una minuciosa información acerca de la vida del hombre selvático.

Las tribus comenzaron a sufrir el impacto de la cultura occidental en el pasado siglo, y lo padecieron en la acostumbrada forma de expoliación y maltrato. Forajidos blancos emprendieron «corridos» o verdaderas *razzias* que significaban la esclavitud del infeliz salvaje. Dábase muerte a los varones adultos y se vendían las mujeres y los niños. Esta tremenda amenaza determinó el alejamiento de la población tribal hasta el corazón del bosque, hasta los más apartados refugios. A fines del siglo XIX el descubrimiento del jebe o caucho como materia de aplicación industrial determinó la penetración de aventureros que iban al Amazonas en pos de la nueva riqueza que ya no era ni el oro, ni la canela que buscaba el español de trescientos años antes. La «Montaña» como llamamos en el Perú a la región de los bosques amazónicos (el Antisuyu de los Incas), convirtiéndose entonces en un verdadero infierno donde se desataron las más bajas pasiones humanas. Innumerables selvícolas perecieron en esta acción que duró largos años, ante el escándalo del mundo. Nadie ha olvidado los «crímenes del Putumayo,» que echaron sangrienta sombra sobre el Amazonas.

La caída del caucho, el «oro negro» de comienzos de este siglo, fue determinada por la competencia de las plantaciones que de nuestro jebé hicieron los ingleses en sus colonias asiáticas. Si ello trajo et quebranto de los exploradores, en cambio libró a los habitantes regnícolas de la tremenda opresión que les atormentaba.

El Perú ha sido uno de los primeros países en la empresa de crear pueblos en la región amazónica. La importante ciudad de Iquitos es una muestra de ese afán civilizador. Múltiples «puestos» a lo largo de los ríos iban jalonando el avance del colonizador que después del caucho explotó el cube, el palo de rosa y las maderas finas. Más tarde, en los lugares adecuados, se introdujo y floreció la agricultura y aun la ganadería. Es en estas condiciones que llegamos a nuestros días, cuando el indio se aproxima al colonizador y se convierte en su peón, cuando disminuyen las tribus, ralean sus componentes y los nuevos caminos, como la carretera Lima-Pucallpa, ponen al Ucayali a pocas horas del Océano Pacífico y cuando en no más de tres horas se puede volar de Iquitos a Lima. Estamos entrando en la fase de dominio sobre la Amazonía.

Es ahora que llega (1945) el Instituto Lingüístico de Verano de la Universidad de Oklahoma con el propósito cíe estudiar los idiomas y dialectos de las tribus amazónicas. Encabeza el grupo de jóvenes la figura apostólica de Guillermo C. Townsend. Emprenden con vigor y optimismo su difícil tarea. Vemos parejas de muchachas penetrar sin temor en lo más inhóspito y umbrío del bosque. Allí cumplen una elevada

misión: no sólo aprenderán la lengua de esos hombres aislados del resto de la humanidad, sino que llevarán hasta ellos el mensaje de lo más puro de la civilización, un mensaje de amor y comprensión que acerca a los seres humanos cualquiera que sea el color de su piel. La obra de Townsend y sus discípulos solo pueden comprenderla y apreciarla quienes no están cegados por prejuicios inconfesables. Mas, la realidad de los hechos, como el estudio lingüístico, la fundación de escuelas bilingües regentadas por indígenas de los mismos grupos selváticos, la asistencia médica, las comunicaciones aéreas y por radio, la confianza y amistad con los jefes de tribus, la simpatía de hombres y mujeres, son pruebas concretas, irrefutables, del éxito extraordinario conseguido por el Instituto en poco más de diez años de incansable esfuerzo de más de un centenar de muchachos y muchachas norteamericanos, de jóvenes matrimonios que han renunciado a las comodidades de su hogar para em-prender esta verdadera obra misionera que está incorporando la Amazonia al Perú, facilitando el paso de la trashumancia tribal al sedentario agrícola y urbano.

Grave y difícil tarea la de ayudar al hombre selvático en este tránsito de su vida libre de ser nómada a la vida controlada de ciudadano. Muchos problemas se presentan para lograr tal incorporación, y solo una asistencia desinteresada y piadosa puede librar al «salvaje» de caer en un pozo de males. La obra de Townsend y los suyos puede lograrlo.

Lima, Perú